

NIXINGER O EL CASO DE LA IBM BURLADA

Kissinger comentó ante los periodistas: «Está visto que los acuerdos conseguidos no han satisfecho al Presidente». Los periodistas aguzaron la sensibilidad auditiva. En salmodia de Kissinger sonaba algo así como una nota discordante. O tal vez era un gallo furtivo en la cima de la frase. No había duda. La IBM humana al servicio de Richard Nixon estaba pasando un mal momento. Por una extraña fisura se había filtrado el mal aire que estropea las IBM humanas: la angustia que provoca el desfase entre lo programado y lo conseguido. Podía apostarse por si la avería de Kissinger era consecuencia del malestar por el trabajo frustrado o el malestar por el horror vietnamita, de nuevo planteado con toda su crudeza tras la sordina de semanas y semanas de habladurías sobre la paz.

Los comentaristas han especulado sobre el cansancio de Kissinger, sobre su inmediato relevo. Nixon parece haberse quitado la máscara pacifista que necesitó para desmontar la estrategia electoral de McGovern, y revolotea sobre Vietnam con su cargamento de muerte. En el pico rapiñador no muestra la ramita de olivo, sino el cheque en blanco por cuatro años que le han firmado los electores norteamericanos. El torvo pájaro lanza su cargamento de muerte sobre el pueblo que ha osado mantenerle a raya y desacreditar años, kilómetros de cifras y palabras. Al margen ya del eje de los acontecimientos: Henry Kissinger ha pasado al segundo plano de los capataces desbordados por sus dueños. «Está visto que los acuerdos conseguidos no han satisfecho al Presidente», fue cuanto pudo decir ante la evidencia de que sobre Vietnam estaban cayendo bombas con mayor poder mortífero que el calculado a la explosión de Hiroshima.

Un ligero acento alemán

Henry A. Kissinger nació en Furth (Alemania), en 1923. Su familia era judía y huyó a Londres

en 1938, para instalarse finalmente en Nueva York. Catorce parientes de Kissinger murieron en los campos de concentración nazis, y sus padres pelearon duramente para abrirse camino en los Estados Unidos de la segunda guerra mundial. El padre, profesor en Alemania, trabajó como empleado de Correos, y la madre abrió un modesto negocio de pastelería. El joven Henry destruía la imperturbabilidad de los «tests» psicotécnicos y daba coeficientes intelectuales de calculador analógico. Dominaba el inglés como una lengua propia, aprendida con ese furor que ponen los niños o los adolescentes inmigrantes para romper la barrera del sonido que les separa del nuevo ambiente. Pero jamás ha perdido Kissinger un ligero acento alemán, común, por otra parte, a la plana mayor de «cerebros germánicos» incorporados a la nómina de asesores del poder de los USA. Ese ligero acento alemán, que Kubrick satirizaba en la persona del profesor Extraño Amor en su película: **Teléfono rojo: Volamos hacia Moscú**.

Henry Kissinger se laureó en Harvard con una tesis sobre Spengler, Toynbee y Kant. Posteriormente ingresó en el profesorado de la misma Universidad. Hizo el servicio militar en Alemania, y de regreso a Estados Unidos se incorporó al Programa de Estudios de Defensa. Como especialista en defensa, ha sido asesor de Kennedy, Johnson y Nixon. Hasta su pacto asistencial con Nixon se le suponía un «cerebro demócrata», más o menos integrado en el **brain trust** de John F. Kennedy. Pero cuando Nixon le propuso colaborar, Kissinger consultó el caso con los amigos, escuchó pros y contras, para aceptar finalmente la alianza con un político tan opuesto a lo que hasta entonces se suponían las ideas «liberales» del brillante profesor.

Veamos en qué consistían esas ideas. Kissinger ha dejado un rosario de pistas sobre lo que piensa con respecto a su tema favorito: **la disuasión mutua, el equilibrio del terror**. Ha publicado: **Las armas nucleares y la política exterior**. **La necesidad de elección: perspecti-**

va de la política exterior norteamericana, y un revelador trabajo titulado: **¿La guerra limitada, debe ser convencional o nuclear?** Este trabajo apareció publicado en España dentro del conjunto de colaboraciones del libro **Desarme**, firmado por Donald G. Brennan y publicado por Seix y Barral en 1964.

Kissinger escribió este trabajo en 1960, cuando era consejero de Grupo de Valoración de los Sistemas de Armamentos de la Junta de Jefes de Estados Mayores. De este cargo pasó al **brain trust** de Kennedy, se quedó en el disminuido **brain trust** de Johnson y fue a parar donde fue a parar. Con su ligero acento alemán, este ciudadano norteamericano era considerado como el presunto heredero de Hermann Khan: un auténtico especialista en la aplicación del cálculo de probabilidades a la programación política y estratégica de los Estados Unidos. Pero así como Khan siempre ha demostrado un cierto recelo hacia el escaparate político, Kissinger se ha sentido, en cambio, atraído por las candilejas y los «flashes» que iluminan las vivencias del **star system** político. Kissinger sabe estar en el escenario, con su bien dosificada timidez y una cierta torpeza en el manejo de los brazos. Pero tiene una soltura inconcebible en los ideólogos, gentes que han perdido en el laboratorio del espíritu el hueso y la carne de los ademanos afortunados.

Las irrefutables ideas de un cazador de evidencias

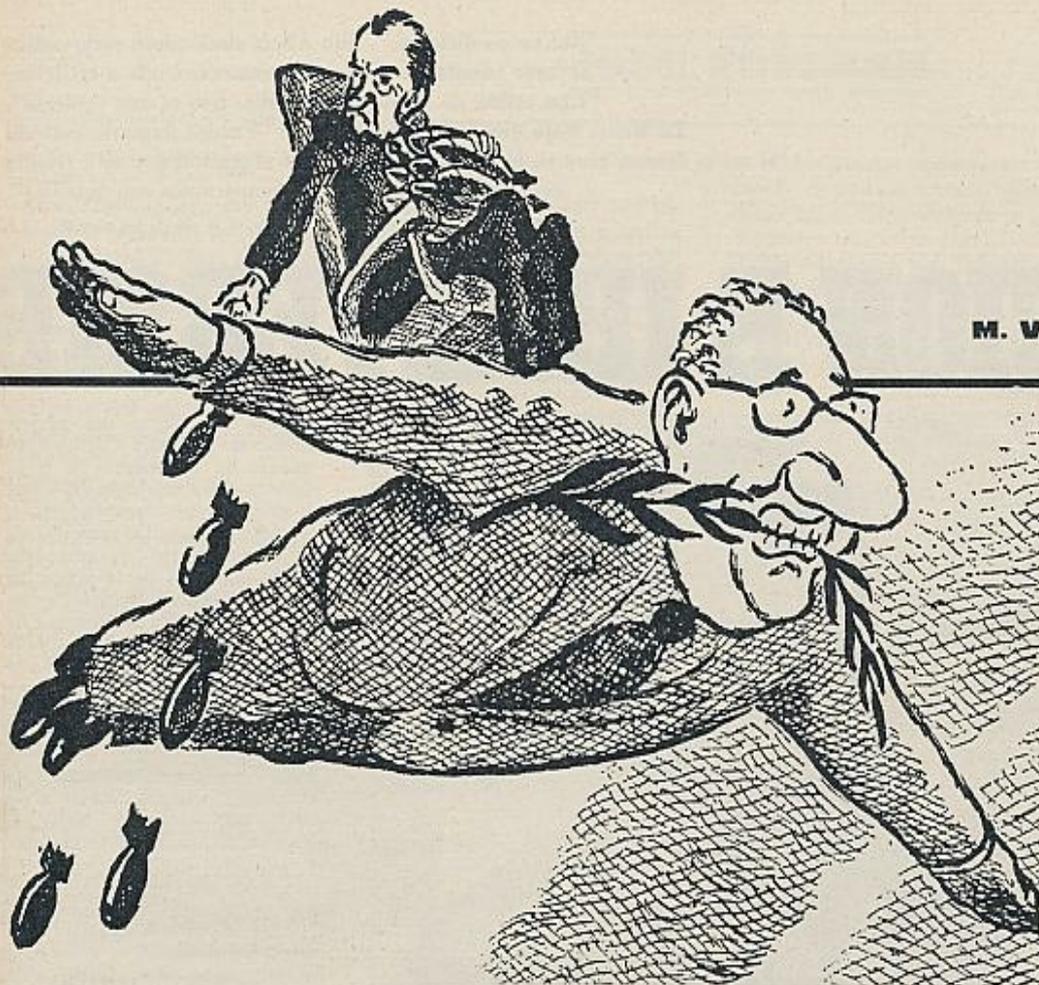
Kissinger pertenece a esa escuela de ideólogos que parten de las evidencias irrefutables. Las evidencias irrefutables para Kissinger son: Oriente y Occidente, guerra y paz, armas convencionales y armas nucleares, disuasión mutua o destrucción mutua. «Los diplomáticos —dice Kissinger en el estudio aludido— tendrían que negociar sabiendo que cualquier guerra convencional prolongada puede convertirse en un conflicto nuclear, si no en un desastre final. En una

palabra, cualquier guerra, a partir de este momento, será nuclear en mayor o menor extensión, tanto si en ella se emplean armas nucleares como si no».

Kissinger parte, pues, de la evidencia del equilibrio del terror como hecho inapelable, que impregna cualquier ajuste de cuentas entre Oriente y Occidente. Ante la opción entre incrementar el **stock** de armamento nuclear o desarrollar nuevas armas convencionales, Kissinger se declara por esta segunda opción, avalada por los **stocks** ya existentes. Kissinger considera que es más fácil convenir una «guerra con armamento convencional» que convenir «una guerra con armamento nuclear». Dice el impresionante analista: «Si bien es factible idear un modelo teórico de guerra nuclear limitada, sigue siendo un hecho que, quince años después del inicio de la era nuclear, ningún modelo ha logrado contar con el asentimiento general».

En 1960, Kissinger opinaba que «el mundo libre» seguía conservando su superioridad sobre el comunista en la capacidad de movilización de masas de combatientes y de potencial industrial parabólico: «Muchas de las hipótesis —escribe Kissinger— respecto a la imposibilidad de la defensa convencional frente a las «hordas» de potencial humano comunista, son falaces, exageradas». A partir de aquí hay un precioso rosario del pensamiento de Kissinger: «La defensa nuclear ha de resultar el último recurso, no el único»; «Las armas nucleares deben favorecer a una parte o a otra. Si nos favorecen a nosotros, debemos emplearlas. Si dan ventaja a los comunistas, quienes las emplearán serán ellos»; «¿Estaríamos dispuestos a perder Europa ante un ataque convencional?»; «El divorcio entre la diplomacia y la estrategia daría lugar a una parálisis».

Armado con este bagaje de ideas, Henry Kissinger se encontró, de la noche a la mañana, al frente de las negociaciones «ultrasecretas» sobre la guerra de Vietnam. Las «hordas» comunistas han planteado



M. VAZQUEZ MONTALBAN

a los Estados Unidos un aparente jaque mate ante una guerra limitada. Kissinger, ante todo, pregunta: «¿Estamos dispuestos a ir a una guerra nuclear por Vietnam?». Según parece, Nixon no le respondió. Entonces Kissinger preguntaría: «¿Estamos dispuestos a perder una guerra?». Nixon entonces contestó: «No». El estratega-diplomático ya sabía a qué atenerse. Su misión era convertirse en material lingüístico, en símbolo rodante, en avión o coche-cama, del estado general de las negociaciones. Si Kissinger viajaba, la paz se movía. Si Kissinger no viajaba, la paz se detenía.

El jaque mate de las «hordas» comunistas había condicionado la retaguardia misma del bastión occidental: los padres de familia de los Estados Unidos reclamaban a sus hijos en peligro de muerte en Vietnam; los pacifistas reclamaban la paz; McGovern reclamaba la cabeza de Nixon por haber conducido el conflicto vietnamita al desastre. Kissinger fue invitado a viajar con especial frenesí durante los meses que mediaron entre la ofensiva vietcong de marzo y abril hasta las elecciones de noviembre. Consecuencia del frenesí viajero fue el clima de paz inminente creado en el mes de octubre, un clima que desarmó la estrategia macgovernita y convirtió las elecciones en un paseo triunfal para Nixon. ¿Qué pensaba Kissinger en aquellos momentos? Estamos en octubre. El asesor presidencial ha llegado a la

cumbre de su carrera. Van Thieu le acusa de perseguir el Premio Nobel de la Paz, y los enemigos de Nixon le han rebautizado con el sobrenombre de «Nixinger». ¿Qué pensaba «Nixinger» del desarrollo del problema vietnamita cuando parecía tener la firma de los acuerdos al alcance de su mano?

Una guerra inútil

En octubre, Kissinger concedió una entrevista a la enviada de L'Europeo, Oriana Fallacci. La notable especialista italiana hizo el retrato de Kissinger que se había propuesto. Como siempre ocurre con las entrevistas de la Fallacci, la brillantez del programa, del lenguaje y de la actitud de la entrevistadora, nubla la imagen del entrevistado. Pero con todo, Kissinger daña bastante fe de sí mismo. Estaba en el cenit de su carrera. Tan cerca de la Casa Blanca, que llevaba allí la ropa sucia para que la incluyeran en la colada presidencial. No son metáforas. La asistente de Kissinger depositaba en los servicios de la Casa Blanca el paquete con la ropa sucia de «Nixinger», y la misma agua jabonosa que se llevaba a las cloacas de Washington la suciedad de los Nixon, se llevaba la de «Nixinger».

Kissinger reveló a la Fallacci lo difícil que era negociar con Van Thieu: un auténtico empecinado. Dijo frases que tal vez ahora fe

moleste recordar: «La paz llegará. Estamos decididos a conseguirla, y la conseguiremos. Llegará dentro de pocas semanas; es decir, inmediatamente después de la reanudación de las conversaciones con los nordvietnamitas...»; «Durante meses habíamos continuado las negociaciones, y vosotros los periodistas no habíais creído en ellas...»; «Opino que Le Duc Tho es un hombre muy dedicado a su causa, muy serio, muy fuerte; siempre cortés, educado. Sí, yo respeto mucho a Le Duc Tho...»; «Hemos convenido que en un futuro yo daré clases de relaciones internacionales en la Universidad de Hanoi, y él (Le Duc Tho) vendrá a enseñar marxismo-leninismo en la Universidad de Harvard...»; «Puedo estar de acuerdo en eso: la guerra de Vietnam ha sido una guerra inútil...»; «Tengo un gran respeto por el Presidente Nixon...»; «Con Kennedy y con Johnson nunca tuve una posición comparable con la que ahora tengo con Nixon...»; «Tal vez he tenido éxito porque actúo siempre solo: esto a los americanos les gusta inmensamente...»; «Sí, soy bastante tímido».

¡Pobre Nixinger!

Mientras superaba su timidez para convenir con Le Duc Tho en un intercambio de cátedras, el Presidente Nixon hacía su propio cálculo de probabilidades. Había negociado con Hanoi en la incómoda posición: de rodillas. Pero la victoria aplastante en las elecciones

le permitía recuperar su estatura, y desde ella bombardear cruel, sañuda, ventajistamente al pueblo humano que más partido ha sacado a su dignidad histórica. Probablemente, Kissinger no entendió qué estaba ocurriendo. Ya había advertido a la Fallacci: «Aunque el lenguaje se endurezca, aunque mandemos armas a Saigón y los rusos a Hanoi, no se preocupe. La paz llegará mucho antes de lo que usted se imagina. Es cuestión de semanas, no de meses».

La jugada magistral de Nixon obliga a arrinconar cualquier presunción sobre la poquedad de este hombre. Ha utilizado a Kissinger aprovechando su psicología y su semántica. Un intelectual enamorado de la acción, especialista en teoría de la acción, ¿qué más podía desear que hacer la Historia con sus manos, con esas manos con las que estrecha las de los negociadores antagonistas? Mientras el intelectual promocionado barajaba su propia lógica, su cálculo de probabilidades sobre disuasión mutua, guerra limitada, guerra nuclear, guerra convencional, e iba componiendo una conclusión lógica, Nixon la capitalizaba según su estrategia política personal y según los poderosos intereses, comprometidos en que la guerra de Vietnam no termine por ahora. Ante los ojos del mundo, la semántica de Kissinger era la más adecuada: tecnócrata, vitalista (se le han colgado una docena de espectaculares historias de cama), superinteligente, intelectual, liberal... un negociador óptimo que combinaría la pasión por la lógica con la pasión por el happy end. Y el mundo entero ha caído en la trampa: Kissinger, los mirones pendientes de sus evoluciones aéreas, el pueblo norteamericano, convertido en cómplice definitivo del genocidio que su Presidente electo practica a estas horas sobre una población civil prácticamente indefensa.

Cabría preguntarle ahora a Kissinger qué opina de la actitud de la aviación pesada norteamericana, que ya ha dejado de bombardear el centro de Hanoi, porque está desahabitado, y busca a la población civil donde sea, pero la busca, y la sepulta bajo la más brutal «guerra limitada» que los siglos han conocido. ¿Cómo puede salir una IBM humana de ese fracaso de la moralidad y de la lógica? ■